

tal apellido en recuerdo y obsequio al célebre monasterio extremeño, cuyo simulacro de María Santísima, traído por los prelados insignes de la Iglesia visigoda desde Bizancio, y preferido en sus devociones por D. Alfonso el oncenno, quien lo invocó al mantener los combates épicos á las puertas de África, concluídos con la victoria del Salado, atrajo tal número de arquitectos y escultores, que levantaron desde la centuria décimacuarta sus frontones góticos en competencia con los mejores de Toledo y sus claustros mudéjares parecidos á los patios más alicatados de Sevilla y su Glorieta comparable con una custodia de las más primorosamente cinceladas y los sepulcros de Reyes tan cercanos á los Católicos cual su predecesor Enrique IV y de Príncipes tan famosos como el hijo engendrado por D. Pedro de Portugal en D.^a Inés de Castro, aquella mujer amante sin ventura, bendecida por Camoens en sus estancias al poético Mondego y al manantial de las lágrimas, así como evocada más tarde por D. Pedro Calderón de la Barca en su *Reinar despues de morir*: que tal número de gloriosos recuerdos debían cristalizarse antes y después de Colón en edificio conmemorado por la increíble aparición de una tan hermosa isla como la Guadalupe, recién hallada en el Océano. Poblezuelos de treinta bohíos ó casas componían sus habitaciones; alto volcán, por cuyas laderas caían despeñados clarísimos torrentes, la coronaba; una vegetación viciosísima, en la cual se daban las dulces y suaves frutas conocidas con el nombre de anonas y semejantes á leche cuajada, la cubría; volaban por sus aires los antes desconocidos guacamayos,

mucho mayores que los otros pájaros de su especie, y pintados con plumas negras y azules de metálicos reflejos; el algodón aparecía tejido con grande arte y por medio de artificios análogos á los telares europeos; mas semejantes ventajas se disminuían al encuentro y hallazgo de horrores como la horrible antropofagia, usual entre aquellos pobladores, por su fiereza denominados caribes; de rostros espantables tiznados por betunes untuosos; de miradas siniestras; enrojecidas por los relampagueos del ojo avieso y por el encarnado sobrepuesto en las mejillas parecidas á coagulaciones de sangre; armados con unos arcos que despedían flechas emponzoñadas; ceñidos de collares hechos con dientes y ternillas de los descabezados; y á la continua, en su natural cruelísimo y en sus costumbres inhumanas, dispuestos al festín canibalesco, en que comían cabezas humanas, y las devoraban feroces con sacudimientos de tigres, gestos de hienas, graznidos de cuervos, voracidad de tiburones y castañeteo de mandíbulas semejante al producido por los bostezos del insaciable cocodrilo. En esta isla debió aparecer Colón como un salvador, puesto que algunas mujeres huídas le refirieron cómo se hallaban en cautiverio, temerosas de que las descuartizaran y comieran, pues las tribus aquellas, que acababan de expedir trescientos hombres en canoas al combate y al pirateo, los cuales rompían en irrupción por todas partes, gustando de la humana carne hasta mutilar los muchachuelos, y, muy engordados, engullírselos como el mejor y más sabroso de cuantos capones podía obtener la industria y saborear el gusto. Mucho les hu-

biera debido interesar un sitio donde hallaron materiales de hierro, nunca vistos antes, y fragmentos de buques europeos, con que no habían soñado. Pero Colón tenía mucha prisa por arribar á la Española, y no pudo vagar allí cuanto hubiera deseado, en atención á lo extraño del suelo, poblado de flora y de fauna especialísimas, así como á lo particular de aquellos pobladores antropófagos. Y aun se detuviera menos tiempo á no haberle retenido la espera de unos tripulantes tan curiosos como temerarios, que por las inextricables selvas se perdieron y emboscaron desatinados, y luego no podían salir. En aquellas redes tan espesas de raíces; en aquellos laberintos de troncos; bajo los parasoles de ramajes, tan entrelazados como techos; dentro de sombras parecidas á la noche, perdieron toda ruta y toda luz; desorientáronse de toda dirección cierta y exacta; se hallaron como si el cielo y el día, y hasta el aire, hubieran huído de ellos; y creyeron morir en el abandono, sin dar ni recibir noticia ninguna, completamente anegados en aquellos abismos de vegetación tropical, que les enloquecía el seso y les incendiaba la sangre.

La naturaleza, la sociedad, las costumbres de aquellos caribes, dados al culto fetichista y á los horrores canibalescos y al combate de verdadero exterminio en sus piraterías continuas, bien merecían un prolijo estudio y cuidado del sublime descubridor, tanto más cuanto que podía presentarse á la vista y consideración de los cautivos que le pidieran socorro en su viaje, víctimas de aquellas tribus antropófagas, ejerciendo un ministerio, tan

propio de las altísimas propensiones proféticas suyas como el ministerio de libertador sobrehumano y milagroso. El paraíso de las Lucayas trocado en este infierno de la Guadalupe; los indios inocentes del año anterior subseguidos por los indios homicidas en aquella sazón encontrados; el combate sustituyendo á la sumisión voluntaria y el odio al culto religioso antiguo; los rostros deformes á las gorgonas fabulosas parecidos; aquellos ligamentos destinados en los salvajes cuerpos á engordar por monstruosa manera los remos, los brazos y las piernas, desmesuradísimos, de tal gente; sus arreos y pertrechos de pelea, consistentes en dardos agudos, extraídos á los grandes peces y empapados en terribles ponzoñas, que hacían las heridas abiertas por su conducto de necesidad mortales; el comienzo de industria observado en sus artificios y los idolillos y estatuillas y figuritas de madera ó piedras, tan feas y rudas como sus artífices, pero significativas de un comienzo de arte, demandaban una detención digna del cristiano fin tantas veces invocado por los descubridores en los espasmos y sacudimientos de sus asombros, cuando veían entre aquellas selvas vírgenes, que parecían surgir del mar serenísimo y transparente, familias humanas interesantísimas por la indudable singularidad, así de la naturaleza física y moral como de las habituales costumbres. Pero el descubridor no podía en parte ninguna detenerse. La imagen de aquella primera colonia, dejada en su afán de colonizar pronto so el poder de su aliado, el amigo cacique de la Española, aparecíasele al pensamiento de continuo y le apremiaba con insistencia grande á que

procurase noticias del suceso alcanzado por tan exigua corporación y la socorriese con los auxilios requeridos por un año entero de ausencia. El viaje desde la Deseada y la Dominica por el archipiélago de las Antillas, pequeñas y grandes, que forma como un círculo inmenso hasta la desembocadura del Orinoco; este viaje de tantos encuentros y sorpresas debía parecer á Colón un continuo hechizo por las islas que le salían al paso, cual si fueran recién creadas adrede para él en aquellos extraordinarios instantes; y por las estelas de vida y de animación que se tendían como cintas de luz inefable por todas partes á sus maravillosos ojos. Parecían las islas ir en tropel, cual coros de blancas vírgenes coronadas con guirnaldas nupciales, á que las bendijese y las bautizara el Profeta. Devoto, devotísimo éste, lector asiduo de libros eclesiásticos, franciscano de la Orden Tercera, ponía sobre todas las devociones de su espíritu místico la devoción á María, saludada en las navegaciones por todos los nautas cristianos con la poética invocación de Santa Estrella de los mares. El santuario, lleno de gratos exvotos y erigido sobre la cumbre de los más altos montes, objeto último que se columbra en las despedidas y primero en los arribos, con sus vírgenes, envueltas en mantos azules por argénteas estrellas realzados, y puestas sobre la media luna, unida con la serpiente, recuerdan, símbolos de religión y de arte, como el amor y la ternura femeniles pueden contrastar los huracanes y las tormentas en el Océano encrespado más que la fuerza y la violencia. Colón hacía cantar la salve todas las mañanas, el Avemaría

todas las tardes á sus tripulaciones, añadiendo los rayos de su fe á los matutinos albores y á los vespertinos arreboles de los dos crepúsculos y llenando de melodiosas letanías el aire al par que se llenaba de luz por las mañanas y de astros por las noches el inmenso espacio. Por tal razón, el nombre de María no se le iba nunca ni de la memoria ni de los labios. Guadalupe á una isla el piadoso cristiano la llamaba, en recuerdo de monasterio secular consagrado por efigie venida de Oriente y adorada tras victorias como la victoria del Salado; Monserrate á otra isla, en homenaje á la montaña barcelonesa, coronada de cresterías naturales que parecen obra de artífice, y henchida de plegarias y oraciones, cuyos ecos resuenan entre los cuarzos de aquel titánico intercolumnio como un poético romancero de la Virgen Madre; Santa María la Redonda en sus admiraciones y deliquios, y acción de gracias á otro islote, que le fingía una catedral en los ojos enardecidos de mirar increíbles apariciones; Santa María la Antigua, por fin, á otra isla en remembranza de la iglesia más veneranda que, por sus tradiciones y por sus años, Valladolid tiene, y quizá como presentimiento misterioso de que debía expirar en la jurisdicción de aquella parroquia y recibir sobre sus melladas losas, en humilde ataúd estrecho ¡éll que agrandara la tierra, los rezos y cánticos dedicados por el ritual católico á los muertos. Encontró allí tal número de islas, que, aventajando y excediendo á los nombres posibles dentro de nuestra ya entonces copiosísima lengua, denominó, en cierto grupo, á la mayor Santa Úrsula, y las Once mil vírgenes á las numerosísi-

mas en formas varias y con diferentes aspectos invenidas.

No lejos brotó, al paso de Colón, otra isla, denominada Santa Cruz, en su registro de nombres nuevos y notabilísima por la furia que mostraron los habitantes al encuentro de los españoles y el empuje terrible con que los acometieron y asaltaron. En efecto, llegadas las naves á cualquier punto, solían encontrar la soledad tras los abordos, á causa del terror de los pobladores al interior huídos como ligeros y asustados ciervos. Pero aquí, en Santa Cruz, unos caribes hicieron frente á los nuestros, pudiendo más la curiosidad salvaje que la timidez natural. Necesitaríamos fingirnos en aquel sitio y en aquella ocasión para comprender las emociones recíprocas de los descubridores y de los descubiertos. Las enormes naos de un lado y de otro las breves canoas; la vida salvaje y primitiva de los unos junto á la civilización y cultura de los otros; las vestimentas de selecto gusto y arte finísimo en los recién llegados y los ligamentos y armas de los recién invenidos discordaban en contrastes tan bruscos y horrosos que parecían seres pertenecientes, no á sociedades y regiones diversas del mismo planeta, sino á otros planetas gobernados por leyes opuestas y aun contradictorias con las físicas leyes universales. Así los indios miraban, como alucinados por las visiones de un sueño, aquellas viviendas flotantes, llenas de hombres vestidos con trajes multicolores, y encerrados muchos de ellos en relucientes armaduras parecidas á caparazones de animales fantásticos. Parecía que, absortos y embebidos en la contemplación, estaban como petrificados, anteponiéndose á todo en

ellos una extrañeza capaz de rendirlos y someterlos al influjo de lo que debían creer en su candidez un milagro y de los que debían imaginar en su asombro dioses. Pero no; pasada la primera conmoción en sus duros pechos y el primer confuso concepto de lo visto en sus angostas cabezas, la crueldad nativa suya se sobrepuso á todos los afectos, y partieron en guerra y en combate con tal temeridad y dispararon sus flechas con tal acierto, que por todas partes la muerte silbaba en los oídos de nuestras gentes, quienes lo pasaran muy mal, si pusiesen de lado sus adargas y tablachinas para preservarse y guarecerse del ataque tan rudo, en cuyas incidencias, herido de dardo un soldado español, á los pocos días perdió la vida. Cogieronles apresados en la flota y daban horror con sus caras, negras y rojas á un mismo tiempo; así como con sus alaridos y con sus forcejeos de fieras enjauladas y presas. Los indios mansos invenidos por Colón, contaban y no acababan del natural cruelísimo de tales gentes, y decían hallarse riberas, bohíos, pueblos, personas en terror perdurable, al azote de sus desoladoras irrupciones. En estos encuentros y coloquios dió el descubridor con la isla que llamamos hoy Puerto Rico. *Boriquen* la llamaban los naturales y pertenecía de suyo al grupo de las edénicas y mansas; puestas por los vecinos antropófagos á la continua en apuros y aprietos espantosos. Á pesar de tan blanda y dulce complexión huyeron los naturales al abordado de los nuestros, por quienes debían sentir la estimación que por los amigos y por los salvadores, cual pudieran huir de las irrupciones homicidas, y embreñándose por

aquellos declives cubiertos de selvas, hurtaron el cuerpo á todo encuentro. Fiel Colón al conjunto de prácticas religiosas y de nombres cristianos que inspira la devoción á todo verdadero creyente, apellidó la isla feliz con palabra de una significación y sentido tan claros en punto á promesas y esperanzas, como la palabra San Juan Bautista, el precursor de nuestra redención. Mares fecundos en pesca, florestas parecidas á los jardines de Murcia y Valencia, poblejos de doce bohíos, vías abiertas entre vergeles como las alamedas de nuestras más cultas ciudades, una logia ó palacio apercebido para la contemplación del mar y el cielo por gentes principales, mil agradables encuentros endulzaron la repugnancia engendrada por los feroces antropófagos de las otras islas pertenecientes á los caribes, y casi convidaron á una detención llena de recreo y esparcimientos, muy gustosa y cumplidera, si el cavilósimo Almirante no tuviese á la continua en su vista y en su recuerdo el clavo de su colonia Isabela, dejada con tanta confianza en poder del amigo Guacanagari allá, por la isla Española.

El 11 de Noviembre zarpó Colón de Guadalupe y descubrió el mismo día Monserrate, y Santa María la Redonda el 12, y Santa María la Antigua el 13, y San Martín con Santa Cruz el 14, y el 16 Puerto Rico, hasta el 18 avistar nuevamente la Española, descubierta el año anterior. Las ideas del profeta concentrábanse, no obstante hallazgos tales, todas sin excepción en una sola: rever y reencontrar el fuerte de Natividad en la isla últimamente nombrada, fuerte allí erigido para ensayo y expe-

riencia del arraigo que podían tomar los colonos en suelo tan desapropiado á ellos y entre gentes á ellos tan extrañas. La experiencia le parecía decisiva. Por tanto, deseaba un logro de todos los deseos y de todas las esperanzas que pudiesen asegurarle un comienzo de apropiación al Estado español de aquellos inacabables territorios. Á tales empeños de tenaz explorador juntábanse afectos imperiosos del corazón y decisivos de suyo en la humana vida. El jefe de la guarnición era un Arana, deudo próximo de la mujer que rindiera y cautivara en Córdoba su voluntad, é ido á la isla impulsado por afectos de índole particular y privada que más y más comprometían al Virrey en su empeño de hallar floreciente la guarnición que allí quedó animosa. Las primeras disposiciones tomadas con acierto fueron los envíos de indios, idos á España y de España vueltos con Colón, para que industriasen las gentes en el poder de los Monarcas españoles, y les refiriesen las grandezas vistas con sus ojos y tocadas con sus manos en el viejo y culto continente: necesario acuerdo en atención al abandono de las costas por los naturales siempre que se descubría la escuadra y de la tenacidad puesta por ellos en rechazar todo consiguiente homenaje y toda indeclinable aproximación á los recién llegados. Desde los primeros arribos y abordos á cada punto no hacían otra cosa los expedicionarios del segundo viaje que husmear los rastros y huellas del grupo de antecesores quedados en regiones donde habían de arraigar por necesidad ó sucumbir sin remedio. Mal indicio en aquellas inquisiciones constantes, el haber topado con dos cadáveres, de hombre maduro y